

## IN MEMORIAM

### GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA

Sí, es verdad, *ultima recat*. Así rubricó el último capítulo de su libro de memorias, verdaderamente prodigioso por la inteligencia de la composición y la tersura del estilo, que le dio el Premio Espejo de España de 1995. En el que evoca comprometidamente tres cuartas partes del siglo xx español al remontar —*Río arriba* es su título— el curso de su vida. Y en el que, al final, cuenta la experiencia del infarto sufrido en 1988 y deja entrever la intensidad con que desde entonces vivió la presencia próxima de la muerte y la infelicidad de su razón ante las ultimidades. Estoico en su fondo último, a ese impulso obedecen sus dos últimos libros, *El hombre en desazón* (1997) y *Sobre la felicidad* (2001). Como ese estoicismo fundamental de razón venía tamizado por un cristianismo de tradición confío en que la hora veinticinco que se le acaba de abrir sea la del encuentro amoroso con el Dios Creador y Redentor.

Gonzalo Fernández de la Mora pasa a la historia de España como uno de los pensadores políticos más agudos de nuestro tiempo. No es por desmerecer su actuación política, brillante aunque limitada en el tiempo, durante el último decenio del régimen del General Franco, al que —procedente del juanismo— sirvió con más entusiasmo tras su muerte que en su vida, en un signo al que no han sido ajenas algunas de las inteligencias más conspicuas y auténticas del conservatismo y aun del tradicionalismo. Significativo ministro de Obras Públicas de un Estado que él caracterizaría precisamente como *El Estado de obras* (1976), su *cursum honorum* fue el de los destinos diplomáticos, a cuya carrera pertenecía, incluyendo la Subsecretaría del Ministerio de Asuntos Exteriores y la Dirección de la Escuela Diplomática. De

los fundadores de Alianza Popular, y diputado de las Cortes que elaboraron la Constitución de 1978, votó "no" a la misma y cerró una etapa en su quehacer. Aunque permaneciera siempre, y en tiempos nada fáciles para tal menester, fiel al pálpito de la independencia y de la defensa de sus convicciones. Tampoco es por hacer de menos su labor de crítico, tan destacada en las páginas de ABC entre los años 1964 y 1970, que dio lugar a siete volúmenes bajo el título de *Perisamiento español*. Y prolongada después de 1983 en *Razón Española*, revista bimestral de pensamiento por él fundada y dirigida, y de la que puede decirse que hacía todo: desde solicitar las colaboraciones, hasta pulir los originales, y redactar de su pluma una parte importante de sus páginas. El último número, el 111, correspondiente a los meses de enero-febrero del año en curso, es buena prueba de lo anterior, pues con su firma o con diversos pseudónimos su estilo inconfundible se distingue en muchas de las páginas. Si sumamos su libro sobre Ortega (1961), su opúsculo sobre d'Ors (1981) y su libro sobre los filósofos españoles del siglo xx (1987), son en total varios los miles de páginas que consagró a la tarea crítica, despreciada en España en los ámbitos académicos y que él prodigó con gran generosidad. Los últimos años, desengañado con el devenir de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, de la que era activísimo miembro, los dedicó sobre todo a la empresa de *Razón Española*, en la que es de desear que encuentre continuador.

Pero decía que es como pensador político original donde Fernández de la Mora destaca sobre todo lo demás. Desde *El crepúsculo de las ideologías* (1965), hasta *Los errores del cambio* (1986), pasando por *Del Estado ideal al Estado de razón* (1972), *La partitocracia* (1977), *La envidia igualitaria* (1984) y *Los teóricos izquierdistas de la democracia orgánica* (1985), una buena parte de sus afanes ha quedado para la reflexión racional y científica sobre la convivencia humana. Son tesis atrevidas —por mi parte diré que no siempre compartidas, sobre todo las que incorporan la *pars construens* de su sistema, más allá de la *pars destruens* de la democracia moderna— las que han articulado una concepción instrumental del Estado, convertido por lo mismo en

relativo, crítica del moderno constitucionalismo democrático y, en particular, de la cerrada oligarquía que la partitocracia maquila pero no alcanza a esconder, del igualitarismo asentado sobre la envidia, al tiempo que afirmativa de una participación fundada sobre los intereses reales, esto es, una democracia orgánica. Tesis, por cierto, a su juicio, de honda raigambre krausista —aunque, por otro lado, también tradicionalista—, hasta el punto de que el término lo acuñó en 1916 el socialista Fernando de los Ríos.

Gonzalo Fernández de la Mora, marginado por la cultura oficial y política dominante, estaba en forma. Física e intelectual. Acababa de dar a la estampa el libro sobre la felicidad antes aludido y seguía ilusionado con su proyecto de *Razón Española*. Tres días antes de su inesperada muerte hablamos por teléfono a cuenta de completar su colección de *Verbo* con unos números que había extraviado y que deseaba incorporar antes de entregarla a la biblioteca de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, a la que había hecho donación de sus cuantiosos y valiosos fondos. Tenía, como siempre, la voz jovial, y la curiosidad intelectual a flor de piel. Por eso repasamos las novedades intelectuales y políticas y recordamos libros y amigos.

\* \* \*

Los vínculos que le ligaban con esta casa de *Verbo* no eran pequeños. Aunque tampoco fueran escasas las discrepancias. Que el sincero afecto, en todo caso, superaba sin dificultad. Así, su relación con Eugenio Vegas fue siempre cordial. Más aún, en algún momento de su trayectoria, debió tenerle, como todos los de una cierta procedencia de su generación, por maestro. Admiró siempre en él la solidez de su formación y la firmeza de sus convicciones. Los reproches apenas se desarrollaron en el terreno coyuntural del franquismo entusiasta de la segunda época de Fernández de la Mora, que veía precisamente en ese régimen, pese a las protestas de Vegas, la ejecución de su programa. Con Elías de Tejada tuvo gran amistad, e incluso después de la muerte de éste, intervino para que su notable biblioteca ingresara en

la de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, ejemplo que luego siguió, como ha quedado dicho, él mismo. También trató frecuentemente a Rafael Gamba y a Juan Vallet de Goytisolo. Más ocasionalmente a Estanislao Cantero. Finalmente, Francisco José Fernández de la Cigüña y quien redacta estas líneas lo frecuentaron durante muchos años en los almuerzos periódicos que convoca Angel Maestro y en los que Gonzalo compartía cartel estelar con Alfredo Sánchez Bella. Yo, además, guardó recuerdos imborrables de los seminarios cordobeses de la Fundación Elías de Tejada —con Juan Vallet, Dalmacio Negro y Manolo Fernández Escalante, entre otros— y de los encuentros del Instituto Internacional de Estudios Europeos “Antonio Rosmini”, de Bolzano, al que yo le había introducido, y del que había llegado a ser socio, donde hizo amistad con los distinguidos colegas italianos Danilo Castellano, Francesco Gentile y Pietro Giuseppe Grasso, y donde trató al escritor francés Bernard Dumont y al profesor austriaco —a quien había conocido antes— Thomas Chaimowicz.

También colaboró en *Verbo* y participó en algunas de las reuniones de amigos de la Ciudad Católica. Respecto de lo primero, recuerdo cómo en 1979 tuvo interés en que su firma apareciera en *Verbo*, pues era la única revista de pensamiento prestigiosa de nuestro país en que hasta entonces no había colaborado. Apareció así su texto “Sobre el materialismo histórico”, al que la redacción de *Verbo* antepuso una nota explicativa, redactada —si no me equivoco— por Juan Vallet y el padre Victorino Rodríguez, para salvar algunas de las afirmaciones, consecuencia del punto de partida positivo y no metafísico del que se valía para la crítica de la tesis marxista. A partir de ahí la colaboración, aunque espaciada, sería constante. Y frecuentemente, como en la primera salida, discutida. Tal es lo que ocurrió de resultados de su contribución, de 1980, “España y el fascismo”, que obtuvo respuestas de Rafael Gamba, Manuel de Santa Cruz y José Antonio García de Cortázar. En otras ocasiones, su comparecencia fue para precisar o discutir algunos de los juicios vertidos sobre su obra en nuestras páginas: valgan como ejemplos sus notas “Tradicionalismo y krausismo”, en 1982, a propósito de un artí-

culo de Raimundo de Miguel, y "Puntualizaciones sobre Eugenio Vegas", del año 1986, sobre el asunto antes apuntado, en intercambio de pareceres con Estanislao Cantero. Antes nuestras páginas habían acogido su ensayo sobre "Brañas y la democracia orgánica", de 1984, y volvería en 1991 con sus "Contradicciones de la partitocracia". Puede verse así cómo el acuerdo fundamental en cuanto a la crítica de los sistemas políticos "modernos" venía acompañado de discrepancias, expuestas con simpatía, sobre el fundamento de su pensamiento. Precisamente, para concluir el capítulo, sus dos intervenciones en nuestras reuniones, la segunda junto con su hijo Gonzalo, se centraron en esa parte crítica compartida, tanto en 1982 como en 1991, la primera en una mesa redonda sobre el futuro de la democracia —junto con Rafael Gamba, Vintila Horia y Francisco de Lucas—, y la última en la brillantísima ponencia sobre las contradicciones de la partitocracia, publicada en *Verbo* y por lo mismo ya mencionada.

\* \* \*

Un día, a la salida del homenaje a Rafael Gamba, que yo había promovido y en el que compartimos la mesa acogedora de la Gran Peña, me espetó entre solemne, cariñoso, amenazante y entristecido: ¡cuántas herencias van a caer sobre tí! Ese es el problema de la España tradicional, que los mejores se están yendo, casi ya se han ido, y detrás...

MIGUEL AYUSO